

móviles, que vistas al través del espeso humo de incienso que oscurecía la luz de las lámparas, parecían moverse, no ya con pasos ordinarios, sino por alguna fuerza invisible y uniforme.

En la segunda vuelta que dió la devota comitiva al rededor del templo, al pasar junto al sitio en que sir Kenneth estaba arrodillado, vió caer muy cerca de sí un pimpollo del rosario que en sus manos llevaba una de las doncellas de velo blanco; cuyo accidente produjo en él una impresion semejante á la que hubiera hecho un dardo arrojado á su persona; porque cuando exaltan la mente pensamientos elevados y sensaciones nuevas y grandiosas, cualquiera circunstancia inesperada, por pequeña que sea, da mayor impulso al vuelo en que se ha remontado la imaginacion. Procuró sin embargo recobrar de su sorpresa, considerando cuan indiferente y casual era en sí mismo aquel suceso, en el cual no hubiera fijado la atencion, si no le hubiera hecho notable la uniformidad y mesura de toda la ceremonia.

No obstante lo cual, al pasar tercera vez la procesion en torno de la capilla, los pensamientos y los ojos de sir Kenneth se fijaron exclusivamente en la novicia que habia dejado caer el pimpollo de su rosario. Ni su porte, ni su estatura, ni su aspecto se diferenciaban de los de las otras que con ella iban; así que era imposible distinguirla de las demas, sino por el puesto que ocupaba en la procesion; empero, impulsado quizas por la secreta voz de la simpatía, al acercarse tercera vez hácia él la segunda novicia de la fila derecha se agitó violentamente el corazon de sir Kenneth, á guisa de ave aprisionada que procura romper sus hierros, como si en aquel ser misterioso viera la dama que su afecto preferia, no solo á las presentes, sino á todas las de la tierra. La pasion del amor, no solo altamente encarecida, sino impuesta como deuda y obligacion por los usos y leyes de la órden de caballería, se hermanaba íntimamente con los afectos de devocion, que ejercian igualmente un influjo poderoso en los ánimos de los caballeros.

Fomentábanse recíprocamente, lejos de contrariarse, aquellos dos sentimientos, y los del cruzado experimentaron una conmoción extraordinaria, cuando la procesion empezó el tercer giro, esperando que la que, según sospechaba, le había hecho aquella primera señal, la repitiese al aproximarse á su sitio. Aunque era corto el espacio que la procesion tenía que recorrer, parecióle un siglo al Escocés el tiempo que tardó en llegar desde el testero hasta el puesto en que él se hallaba; mas entonces la misma persona, que no había hecho mas que seguir el paso de las otras, descubrió una pequeña y bien proporcionada mano, cuya lindeza y albura indicaban las raras perfecciones del cuerpo á que pertenecía, y separando ligeramente el velo que la cubría, como el rayo de la luna, que en la tranquila noche de verano rompe por medio de la nube, dejó caer otro pimpollo junto á las rodillas del caballero del Leopardo.

No era dable atribuir esta repetición á efecto de la casualidad, ni podía ser casual tampoco la semejanza entre aquella mano y

otra en que el caballero había estampado una vez su enardecido labio, jurando lealtad eterna á su amable dueño. Corroboraba además sus conjeturas el brillo de un hermoso rubí, que en el blanco dedo de la dama resplandecía, y cuyo inapreciable valor era de menos estima á sus ojos que una señal de la mano que realzaba su esplendor; además de que el velo no le había estorvado distinguir, sea casualmente ó por favor de la que lo llevaba, una negra trenza de cabellos, cada uno de los cuales valía mas en su aprecio que una cadena de oro macizo. Era la dama de sus pensamientos: pero que se hallase en aquel remoto sitio, en aquel áspero y bárbaro desierto, entre aquellas retiradas doncellas que se sepultaban en vida en las entrañas de la tierra, para practicar en secreto los ritos cristianos que no osaban practicar abiertamente; que todo esto acaeciese en verdad y realidad, parecía increíble á sir Kenneth; mas bien parecía un sueño engañoso, una pasajera ilusión de la destemplada fantasía. Mientras le confundían y agitaban estos en-

contrados pensamientos, la procesion empezó á salir de la capilla, por la misma puerta por donde en ella habia entrado. Los acólitos, las religiosas profesas se desvanecieron sucesivamente; mas al poner el pie en el tránsito, la que le habia dado aquellos dos testimonios de atencion y memoria volvió ligeramente la cabeza hácia el sitio en que el cruzado habia permanecido, inmóvil como una estatua de las que adornaban la capilla. Sus ojos la siguieron hasta que hubo desaparecido de un todo, y entonces su alma quedó sumergida en una oscuridad no menos profunda que la que percibieron en seguida sus sentidos, pues apenas habia pasado el límite de la puerta la última de las de velo blanco, y cerrándose aquella con golpe estrepitoso, cesó de repente el religioso canto, y quedaron á un mismo tiempo apagadas todas las luces, y sir Kenneth se vió solo, y envuelto en profundas tinieblas. Pero no se curaba el acendrado caballero ni de la oscuridad, ni de la solédad, ni de su incierta y extraña situacion; ni de cosa alguna se curaba, salvo aque-

lla repentina vision que ante sus ojos habia pasado, y de las prendas de favor que de ella habia recibido. Arrojóse al suelo á tomar los dos pimpollos que habian caido de sus manos; aplicólos á sus labios; apretólos al seno uno á uno, y los dos juntos; besó el mármol frio en que habia estampado el pie la que imperaba en su corazon, y se abandonó á otros extremos y extravagancias, que las pasiones vehementes arrancan á los que á ellas se someten, y que en todos los siglos y naciones han sido mudos intérpretes del amor. Mas era rasgo característico de las costumbres de aquellos tiempos, que el caballero enamorado, por violentos que fuesen los raptos de su afecto, se abstuviese de seguir y molestar á la dama que de ellos se habia apoderado, considerándola como una deidad que se digna mostrarse á veces al mortal que la adora, para volver despues á la oscuridad de su santuario; ó como un astro de superior influjo, que lanza en instante propicio un rayo de favor y de esperanza, y se envuelve en seguida en el nebuloso velo que

le circunda. La dama de su amor era un ser elevado, dueño absoluto de sus afectos y movimientos, á cuyo arbitrio estaba animarle y colmarle de ventura con su vista, ó afligirle y atormentarle con su ausencia; exaltarle con una ligera muestra de compasion, ó conducirle á la desesperacion con su crueldad. Libre era y soberana, no sujeta á otras leyes que á las de su alvedrío, y solo era lícito al caballero que en ella habia fijado sus atrevidos pensamientos, consagrarle los afectos de su corazon y las hazañas de su acero, obedecer sus mandatos, y darle fama y nombradía con sus proezas.

Tales eran las leyes de la caballería y las del amor, que tanto imperio ejercian en aquella órden. Pero en el afecto de sir Kenneth se reunian otras circunstancias que contribuian á hacerle todavía mas humilde, mas reservado y mas comedido. Jamas habia oido el sonido de la voz de su dama, aunque muchas veces se habian deleitado sus ojos en la contemplacion de su belleza. Tan elevada era la esfera en que la colocaba su nacimiento,

que el título de caballero no bastaba á darle entrada en él; y aunque altamente acreditado, nombrado y distinguido por sus hechos y destreza militar, el pobre guerrero escoces estaba separado del objeto de su adoracion; por no menor distancia que la que separa al Persa del astro que adora. Mas ¿cuándo se encumbran tanto los ojos de una muger que no basten á distinguir al amante apasionado, por baja y humilde que sea su condicion? Sus miradas le habian seguido en el torneo; á sus oidos habian llegado las glorias que adquiria en sus continuos encuentros y batallas, y mientras imploraban su gracia condes, duques y magnates, todos sus pensamientos se fijaban, quizas involuntariamente y sin notarlo ella misma, en el caballero del Leopardo, que para sostener el lustre de su nombre, con poco mas podia contar que con el auxilio de su espada. Cuanto veía y escuchaba, alentaba y daba mayor fuerza á esta parcialidad ó preferencia, á cuyos principios no fué parte á oponerse su razon. Cierto es que las prendas personales del Escoces eran

tales que las damas de la corte militar de Inglaterra le daban la palma entre todos los caballeros que á ella concurrían, y aunque los soberanos y próceres recompensaban con espléndida magnificencia los elogios de los trovadores, á veces resonaban en sus harpas los loorez y el heroísmo de aquel esforzado guerrero, que no podia dar en galardón del aplauso, ni brillantes galas, ni ricos ni vistosos palafrenes.

Los encomios y alabanzas de su amante se hacían cada vez mas gratos á la esclarecida y orgullosa Edit, aliviándola del fastidio de la lisonja que continuamente la molestaba, y presentando á sus secretos pensamientos un objeto mas digno, segun la fama comun decia, que los que en gerarquía y bienes de fortuna le sobrepujaban. A medida que sus pensamientos se vinculaban, constante, aunque recatadamente en sir Kenneth, se convencía mas y mas del vivo afecto que este le profesaba, y mas y mas se penetraba de la idea que el caballero escoces era el mortal que los astros le habían designado para llegar

con ella, al traves de males y peligros, al término y objeto final de aquella terrible pasión que los poetas del siglo describían como dominadora universal del mundo, y á la cual los usos y sentimientos que á la sazón prevalecían en las córtés de Europa daban el mismo valor é importancia que á la devoción y celo religioso.

No disfracemos la verdad de los hechos á nuestros lectores. Cuando Edit llegó á conocer el giro que su inclinación había tomado, aunque luchaban en su interior los sentimientos arrogantes correspondientes á su ilustre origen, que la acercaba á la prosapia de los monarcas de Inglaterra, con la satisfacción que le causaba el mudo aunque perenne homenaje del caballero á quien sus afectos daban la preferencia, momentos hubo en que los impulsos de amor se estrellaron contra los estorvos que le oponían la gerarquía y el linage, y en que le causaba enfado la timidez de su amante, que no parecía resuelto á vencerlos ni sobrepujarlos. La alta consideración y el humilde acatamiento de-

6.

bidos á su esclarecida sangre, trazaban en torno de ella un círculo mágico, fuera del cual era lícito al caballero del Leopardo reverenciarla y servirla, mas cuyos límites no podía traspasar, á guisa de espíritu maligno á quien veda el poderoso nigromante hollar la línea dibujada por su vara prodigiosa. Dejóse dominar involuntariamente por la idea de ser ella quien debía dar los primeros pasos, aunque no fuera mas que estampando la punta de su breve y nevado pie fuera del linde señalado: pues para un amante tan reservado y tímido como el suyo, bastantes esperanzas daba, y sobrado favor era la mas insignificante y ligera distincion. Ejemplos habia habido en su tiempo que autorizaban semejante resolucion, y entre otros el de la hija del rey de Hungría, que tan generosamente habia dado aliento y fomentado los deseos de un caballero de humilde grado; cuanto y mas que ella, aunque de sangre real, no era hija de rey, ni era humilde el grado que sir Kenneth habia alcanzado en la profesion de las armas y órden de caballe-

ría; asi que no era tan insuperable la barrera que se oponia á la satisfaccion de sus mutuos deseos. Sin embargo, aquel modesto orgullo que en el pecho de las doncellas pone grillos á los desahogos del amor, le impedia, á pesar de su condicion elevada, poner en ejecucion su designio. Tocaba en efecto al caballero romper el silencio que hasta entonces entre los dos habia reinado. Sir Kenneth era de índole modesta y recatada; honrado por demas y comedido; dotado de todas las prendas y perfecciones que Edit podía desear en un amante, y sobre todo de aquella circunspeccion respetuosa que á sí mismo y á la dama de su afecto se debía, mas en su presencia se consideraba ella como la imágen de una divinidad que recibia sus adoraciones sin parecer sensible á ellas ni dignarse darles respuesta; y que se degradaria dando un paso fuera del pedestal, como si diese á entender al que postrado la reverencia y acata, que era de inferior naturaleza, y de vulgar y terrena condicion.

Mas el ebcecado idólatra que se humilla

ante la imagen material del númen de su creencia, descubre á veces, porque así se lo pinta la fantasía, señales de aprobacion en las rígidas é inmóviles facciones de un busto de mármol, y no es extraño que sir Kenneth hubiese traslucido alguna de estas propicias indicaciones en los ojos elocuentes de Edit, cuya belleza consistia mas bien en la facilidad y viveza de la expresion, que en la lozanía y esplendor de su complexion, y en la regularidad de las formas. Háblele en efecto dado algunos vislumbres de predileccion y esperanza, y no de otro modo hubiera podido sir Kenneth reconocer tan pronta y seguramente la linda mano, de la que solo dos dedos habia descubierto el velo blanco y túpido que la cubria, ni atribuir la caída de dos flores, arrojadas sucesivamente en el mismo sitio, á demostracion de aprobacion y de benevolencia. No toca al autor, cuya edad avanzada se aviene mal con asuntos amorosos, especificar la serie de gestos y miradas, mudo lenguaje de amor, que habian dado origen á la inteligencia que entre Edit y el

caballero escoces reinaba. Estos vestigios del afecto, productos naturales del instinto, solo pueden ser entendidos y descifrados por los que se hallan en edad de experimentar su influjo. Basta que existiese aquella reservada comunicacion entre dos personas que jamas se habian dirigido mutuamente la palabra; aunque es justo añadir que la inclinacion de Edit se hallaba refrenada y comprimida por el recelo de las dificultades y peligros que necesariamente le habian de salir al encuentro si llegaba á progresar y arraigarse en su corazon; y la pasion del caballero lo estaba del mismo modo por un cúmulo de dudas y temores, entre los cuales, el que mas le detenía era el de haber interpretado demasiado favorablemente, y con sobrada estima de sí mismo, aquellas ligeras muestras de su dignacion y bondad, interrumpidas por largos intervalos de frialdad aparente, durante los cuales, la noble doncella, ó temerosa de excitar sospechas, ó de empeñar á su amante en disgustos y peligros, ó de desmerecer en su aprecio, le demostraba la mayor indife-

rencia, y ni siquiera fijaba en él sus miradas.

Esta narracion por molesta que parezca á nuestros lectores, es necesaria para la inteligencia, de la historia, y para explicar la situacion en que se hallaban los dos amantes, y las relaciones, si este nombre merecen, que entre ellos existian, cuando la inesperada y repentina aparicion de Edit en la capilla produjo tan notable efecto en los sentimientos de sir Kenneth el del Leopardo.

#### CAPITULO V.

Permaneci6 este de rodillas por espacio de una hora, en medio del profundo silencio y dela impenetrable oscuridad que reinaban en la capilla, dando gracias al cielo y á su dama por los últimos favores que de la mano de esta habia recibido. Poco le habia importado